

SOLAR DE LA CASA DEL CID

EN BURGOS

MERCED a la exageración que traen consigo todas las reacciones, al abandonar el sendero de la tradición y las autoridades, para aplicar un criterio razonador y filosófico al estudio de la Historia, se ha llevado por algunos el espíritu de duda hasta el extremo de combatir como apócrifo cuanto no se apoya en documentos fidedignos o no puede probarse de manera auténtica.

Verdad es que las indagaciones históricas de los que se ajustan a los rigurosos preceptos de esta escuela, han dado y dan resultados positivos y satisfactorios, siempre que se trata de épocas relativamente próximas y acerca de las cuales tantos y tan ricos tesoros de noticias y documentos guardan nuestros archivos; pero, en cambio, ¿qué desencantos no proporcionan, cuántos desalientos no originan en el que, a medida que se remonta, siente más insegura la base en que descansan sus razonamientos, acabando por

averiguar como lo que en siglos lejanos fué opinión de un cronista crédulo, pasa repetido de autor en autor a la categoría de autoridad, hasta que concluye transformándose en artículo de fe en la obra del historiador más sesudo?

No es, pues, extraño que los que a este criterio se ciñen duden de todo, y para ellos acabe la historia allí donde se pierde el rastro del último pergamino que la confirma.

Acostumbrados a pensar en el aislamiento del gabinete, con la frialdad y la calma del crítico, la tradición les habla un lenguaje absurdo, al que prestan escasísima fe. No obstante, la tradición es un elemento importantísimo y del cual no puede prescindirse del todo, so pena de caer en un escepticismo acaso más peligroso que la misma credulidad. Lo que precisa es saber desembarazar la tradición del follaje de exageraciones que la adorna y la ofusca; lo que falta es ir a respirar su atmósfera en los lugares en que nació y vive aún en la fantasía del pueblo, y poder así apreciar los quilates de verdad que encierra, adquiriendo el convencimiento de la intuición que se siente, aunque no se razona, y hace tanto peso en el ánimo como el más auténtico de los comprobantes.

Tal vez por no haber concedido a este elemento de la Historia la debida importancia, acaso por un espíritu exagerado de duda, o sólo por chocar con la corriente de la opinión pasando por originales y atrevidos, no han faltado, así en nuestro país como fuera de él, escritores que, después de desvirtuar los hechos más característicos de la Historia, han concluido negando sus héroes más gloriosos.

Pelayo y Covadonga son para ellos poco menos que los elementos de una conseja; Bernardo y Roncesvalles el asunto de la cántiga de un juglar; el Cid Campeador una figura creada por los romanceros.

Los que estas opiniones sostienen, de seguro no han contemplado la tosca piedra que guarda los despojos del restaurador de España en el cóncavo peñón, gloria de Asturias; no han oído la tradición de la rota de los franceses en boca de su guía al cruzar los Pirineos por el tajo de Roldán, ni han visto siquiera las calles de Burgos: de otro modo su erudito escepticismo hubiera al menos vacilado ante la firmísima fe de la tradición popular.

La existencia del Cid, la más acabada y perfecta figura entre las varias de que la

Historia nos ha consignado el nombre, y el pueblo se ha encargado después de completarla con todos sus detalles, no es ya objeto de controversia ni seriamente lo ha podido ser nunca; pero aunque fuera aún más difícil probar la autenticidad de sus hechos, bastaría recorrer los lugares que la tradición señala como teatro de su vida para adivinarlo y sentirlo.

Cuando nos pintan al héroe con tal acento y color que no parece sino que le han visto con sus ojos, cuando, siguiéndole paso a paso desde la cuna al sepulcro, nos refieren hasta los menores detalles de su vida y nos dicen aquí nació, allí vivió Jimena, esta es el arca que guardó su palabra que equivalía a un tesoro, aquellas son las banderas y trofeos que arrancó a los árabes vencidos, lá de más allá es su espada, éstos, en fin, son sus despojos mortales, involuntariamente asoma una vaga sonrisa de incredulidad a los labios, y ocurre pedir el testimonio en que se fundan aquellas creencias; pero a poco que se medite, esta ciega fe, este mismo lujo de detalles, hijos de la imaginación del pueblo, revelan poderosamente la vitalidad del personaje que palpita al través de sus creaciones, que son como un ropaje espléndido te-

jido por los romanceros, por debajo del cual se acusan las formas y se siente que hay una figura real y positiva.

Es casi seguro que si tratáramos de investigar seriamente si la casa del Cid estaba o no en el sitio que los burgaleses han señalado con el sencillo monumento, sería empresa difícil probarlo. Pero el que recuerda el magnífico romance

En Burgos nació el valor...

y halla en uno de sus paseos solitarios aquellas piedras que le hablan de la Historia, que son un tributo de admiración hacia el más caballeresco de nuestros héroes, que prestan poesía e interés a aquel campo escueto y mudo, ¿qué necesidad tiene de preguntar a los empolvados archivos si guardan algún testimonio auténtico de la veracidad del hecho, para sentir y pensar, levantando la mente a la contemplación de aquellos siglos de rudo valor, de ciega fe y lealtad inquebrantable?

Si la tumba, el solar de la casa o el sitio en que ocurrió la muerte de algunos de nuestros grandes hombres, pudieran aún inventarse, nosotros aplaudiríamos al que los inventara; ¿por qué hemos de contribuir al desprestigio de los que ya están inventados?

SEPULCROS DE LOS CONDES  
DE MELITO, EN TOLEDO

EL campo más vasto para una publicación ilustrada española, es seguramente la reproducción de los infinitos monumentos de todas épocas y estilos que se encuentran diseminados hasta por las más oscuras poblaciones de nuestras provincias, muchas de las cuales no ofrecen otro atractivo a los ojos del artista y del viajero.

En otros países, multitud de publicaciones de diversos géneros, viajes, trabajos arqueológicos, y muy particularmente la fotografía, han agotado casi por completo el asunto. A pesar de que en España se ha hecho algo en este sentido, es tanto lo que permanece ignorado, que bien puede decirse que aún se conserva intacto su tesoro, al menos en la parte que suele ofrecer más novedad e interés para las personas inteligentes.

La fotografía, como el viajero conducido por un *cicerone* vulgar, suele recorrer tan sólo aquellos puntos marcados de antemano,

reproduciendo vistas y edificios de los que, si no cabe hastiarse, porque, en efecto, son de incomparable hermosura, se han hecho ya comunes a fuerza de ver siempre repetida la misma cosa bajo idéntico punto de vista. Ciertamente que para abarcar grandes conjuntos con esa prolijidad de detalles que ofrecen algunos monumentos, la fotografía lleva en ocasiones inmensa ventaja al arte; pero, por lo común, su impresión deja traslucir algo de la aridez y la prosa de un procedimiento mecánico e ininteligente, faltando en sus producciones ese sello de buen gusto, ese tacto para dejar o tomar aquello que más conviene al carácter de la cosa, ese misterioso espíritu, en fin, que domina en la obra del artista, la cual no siempre hace aparecer el objeto tal cual realmente es, sino como se presenta a la imaginación, con un relieve y acento particular en ciertas líneas y detalles que produce el efecto que sin duda se propuso su autor al concebirlo y trazarlo.

A más del discernimiento superior que guía el lápiz del dibujante para buscar, entre los numerosos monumentos que nos han dejado nuestros mayores como testimonio de su grandeza, aquellos rasgos y accidentes que mejor caracterizan una época o un estilo; a

más de la suma de conocimientos que posee acerca del particular y le ayudan a inquirir los más oscuros e ignorados, y a saber qué elementos necesita el pintor para sus fondos, el arqueólogo para sus estudios, el historiador para la inteligencia de sus escenas, aún tiene otra ventaja y es la de poder reproducir todo lo que por el punto en que se encuentra, la falta de luz apropiada o de distancia suficiente sale del dominio de la fotografía.

En los moriscos arcos de las casas que aún se ven en las torcidas y estrechas callejas de las antiguas poblaciones; en el ángulo de los templos adonde penetra con dificultad la luz al través de los vidrios de la ojiva; en el interior de las habitaciones de esos palacios levantados sobre las ruinas de otros edificios notables y que son una agregación de construcciones de diferentes y remotas épocas; por todos aquellos sitios a que lleva el aficionado su entusiasmo por las obras que revelan el carácter y el espíritu de otras edades, recoge infinitos datos importantes y apunta, aunque ligeramente, esos rasgos llenos de verdad y carácter que tanto nos deleitan, cuando examinamos la cartera de viaje de un artista.

La ciudad de Toledo, sin duda alguna la más visitada por nacionales y extranjeros y de la que más se ha dibujado y escrito, brinda aún cosecha abundante a los que se dediquen a estos estudios, ya en los detalles de los mismos edificios que tan a menudo se reproducen, ya en otros al parecer de menos importancia por sus proporciones, pero que a veces ofrecen mayor interés por el carácter o la ejecución.

Entre ellos se encuentran dos notables sepulcros, que forman un solo monumento y cuya armoniosa disposición y elegante contorno sorprende a primera vista y pertenecen a don Diego de Mendoza, conde de Melito, y a su mujer, doña Ana de la Cerda, personajes que desempeñaron un papel muy importante en el siglo XVI, con razón llamado de oro de las letras y las artes españolas. Antiguamente se encontraba en la iglesia del convento de Agustinos Calzados de Toledo; pero al derribar este edificio, lo trasladaron, no sin que sufriera algunas graves mutilaciones, a la de San Pedro Mártir, en una de cuyas naves se encuentra en la actualidad.

En el convento de San Pedro Mártir, acaso el más grande, rico y espacioso de Toledo, se halla establecida la casa de Beneficencia

provincial, y en su iglesia se ven reunidos numerosos y curiosos restos recogidos de diferentes ruinas, tales como sepulcros, lápidas e inscripciones referentes a personajes notables y poderosos.

Cuando se penetra bajo sus bóvedas y se descubren por un lado el pendón que llevaba a los combates el famoso cardenal Mendoza, también traído aquí de otro templo, las mutiladas urnas sepulcrales de los próceres toledanos y las lápidas en que hablan de su poder y sus títulos, mientras por otro se ven arrodilladas acá y allá las infelices criaturas que viven de la caridad oficial, no puede menos de pensarse en el extraño destino de aquel inmenso edificio que, una vez abandonado por sus fundadores, ha venido a ser un doble asilo de las glorias del pasado y de la miseria del presente.



A P O L O G O

CAPITULO PRIMERO

**B**RAHMA se mecía satisfecho sobre el cáliz de una gigantesca flor de Loto que flotaba sobre el haz de las aguas sin nombre.

La Maija fecunda y luminosa envolvía sus cuatro cabezas como con un velo dorado.

El éter encendido palpitaba en torno a las magníficas creaciones, misterioso producto del consorcio de las dos potencias místicas.

Brahma había deseado el cielo, y el cielo salió del abismo del caos con sus siete círculos y semejante a una espiral inmensa.

Había deseado mundos que girasen en torno a su frente, y los mundos comenzaron a voltear en el vacío como una ronda de llamas.

Había deseado espíritus que le glorificasen, y los espíritus, como una savia divina y vivificadora, comenzaron a circular en el seno de los principios elementales.

Unos chispearon con el fuego, otros giraron con el aire, exhalaban suspiros en el agua o estremecieron la tierra internándose en sus profundas simas.

Visnú, la potencia conservadora, dilatándose alrededor de todo lo creado, lo envolvió en su ser como si lo cubriese con un inmenso fanal.

Siva, el genio destructor, se mordía los codos de rabia. El lance no era para menos.

Había visto los elefantes que sostienen los ocho círculos del cielo, y al intentar meterles el diente, se encontró con que eran de diamante; lo que dice sobrado cuán duros eran de roer.

Probó descomponer el principio de los elementos y los halló con una fuerza reproductora tan activa y espontánea, que juzgó más fácil encontrar el último punto de la línea de circunferencia.

De los espíritus no hay para qué decir que en su calidad de esencia pura burlaron completamente sus esfuerzos destructores.

En tal punto la creación, y en esta actitud los genios que la presiden, Brahma, satisfecho de su obra, pidió de beber a grandes voces.

Diéronle lo que había pedido, bebió, y no debió de ser agua, porque los vapores, subiéndosele a la cabeza, le trastornaron por completo.

En este estado de embriaguez deseó alguna cosa muy extravagante, muy ridícula, muy pequeña; algo que formara contraste con todo lo magnífico y lo grandioso que había creado: y fué la humanidad.

Siva se restregó las manos de gusto al contemplarla.

Visnú frunció el ceño al ver encomendada a su custodia una cosa tan frágil.

Los hombres, en tanto, andaban mustios y sombríos por el mundo, ocultándose avergonzados los unos de los otros, cerrando los ojos para no ver a su alrededor tanto grande y eterno, y no compararlo involuntariamente con su pequeñez y su miseria.

Porque los hombres tenían la conciencia exacta de sí mismos,

—¿Queréis acabar de una vez con vuestros males?—les dijo Siva—. ¿Queréis morir?

—Sí, sí—exclamaron todos en tumulto—. ¿Para qué queremos este soplo de existencia?

—Yo soy un estúpido, lo sé, y me avergüenzo de mi barbarie—decía uno.

—Yo soy deforme—añadía el otro—, y me entristece el espectáculo de mi ridiculez.

—Y tenemos estas y estas faltas y aquellas y las otras miserias—proseguían diciendo los demás, enumerando el cúmulo de males y de

fectos de que entonces, como ahora, se hallaban plagados los hombres.

—Es cosa hecha—dijo Siva, viendo la decisión de la humanidad entera.

Y levantó la mano para destruirla; pero en aquel instante se interpuso Visnú.

—Esperad un día—exclamó dirigiéndose a los hombres—, un día no más. Voy a daros a beber un elixir misterioso. Si mañana, después de haberlo bebido, queréis morir, que vuestra voluntad se cumpla.

Los hombres aceptaron y Siva dejó su presa, refunfuñando entre dientes, porque conocía el ingenio y la travesura de su competidor.

Visnú, que, efectivamente, era hombre, digo mal, era dios de grandes recursos en las ocasiones críticas, se las compuso de manera que a las pocas horas tenía ya hecho y embotellado su elixir, en tal cantidad, que tocó a frasco por barba.

Pasó la noche, durante la cual los hombres no hicieron otra cosa que sorber por la nariz aquella especie de éter mágico; y cuando tornó a brillar la luz, vino Siva de nuevo a renovar sus proposiciones de muerte.

Los hombres, al oírle, comenzaron por maravillarse y acabaron por reírsele en las barbas.

—¡Morir nosotros—exclamaron—, cuando

un porvenir inmenso se abre ante nuestra vista!

—Yo—decía el uno—voy a conmover el mundo con la fuerza de mi brazo.

—Yo voy a hacer mi nombre inmortal en la tierra.

—Yo a avasallar los corazones con el encanto de mi hermosura.

Y así todos iban repitiendo:

—¡Morir yo que siento arder en mi frente la llama del genio; yo, que soy fuerte; yo, que soy hermoso; yo, que seré inmortal!

Siva no daba crédito a sus ojos, y unas veces le daban ganas de rabiarse y otras de reírse a carcajadas ante el espectáculo de tan ridícula transformación. En aquel momento pasaba Visnú a su lado y el genio destructor no pudo menos de dirigirle estas palabras:

—¿Qué diantres les has dado a esos imbéciles, que ayer estaban todos mustios, cabizbajos y llenos de la conciencia de su pequeñez, y hoy andan con la frente erguida, burlándose los unos de los otros, creyéndose cada uno cual un dios?

Visnú, con mucha sorna, y dándole un golpecito en un hombro, se inclinó al oído de Siva y le dijo en voz muy baja:

—Les he dado el amor propio.